

# ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS

## ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS

ATANASOF, Alfredo Néstor. *Un año de acción en el Parlamento Nacional, 1997*. Buenos Aires, Corregidor, 1998, 252 págs.

Se trata de una obra infrecuente. No es común que los legisladores del país den cuenta de sus actos como tales a través del libro. Por eso, este trabajo presenta dos facetas para su examen. Una es la descripción -crítica o no- de sus contenidos. La otra es el hecho de la edición misma del libro, que suscita una reflexión paralela, ajena a sus valores intrínsecos, dirigida a un inquietante fenómeno político.

En cuanto al primer aspecto, debe saberse que es muy amplia la gama de asuntos que ocupan la atención de este diputado justicialista de la provincia de Buenos Aires que proviene de las filas del sindicalismo municipal: desde el empleo y las remuneraciones, pasando por la prevención del cáncer de mama y la protección del medio ambiente, hasta la defensa de los derechos de los niños, casi puede decirse que no hay punto actual de interés o de conflicto -económico, político o social- que no haya despertado la inquietud del autor a través de sus proyectos de leyes (6), de declaraciones (24) y de resoluciones (49) presentados a lo largo de 1997. El cuerpo legislativo aprobó dos de estas iniciativas en virtud de las cuales el Congreso Nacional declaró de interés las Segundas Jornadas de Trabajo Municipal y el Primer Congreso Anual de Municipios.

Respecto, ahora, de la otra faz que surge del libro en cuanto tal, importa observar ante todo esta dicotomía: es encomiable el propósito del autor de dar a conocer a la ciudadanía la labor que ha desarrollado en el puesto donde ella lo colocó con su voto. Y está en todo su derecho de hacerlo sin merecer por eso ningún reproche. Pero no deja de ser chocante -aunque a simple vista no lo parezca- que esa misma ciudadanía deba recurrir a la adquisición de un libro para saberlo. ¿Por qué?

Está en la esencia del régimen parlamentario la pública y gratuita demostración de sus obras. Las sesiones de las Cámaras están abiertas a cualquier interesado, lo mismo que el Diario de Sesiones y otros mecanismos de información parlamentaria. Todo eso permite conocer con la mayor amplitud el movimiento de ambos cuerpos y de sus comisiones, así como la labor de los legisladores, cuyas oficinas, por otra parte, no están vedadas al interés del público. A pesar de todo eso, sin embargo, deben ser pocas las personas que se sientan atraídas por esa copiosa y libre disponibilidad de noticias sobre la vida y la obra del Poder Legislativo de la República. Y colocado contra ese trasfondo, este libro, bien que plausible, resulta inopinado. Al margen de la valía de su autor, que la tiene, revela, por contraste, el desinterés en que ha caído la actividad parlamentaria.

Tal desencanto lo demuestra también otro hecho notorio: la labor cotidiana de las cámaras tiene poca o ninguna cabida en los medios de difusión masiva, excepto

cuando estallan los escándalos. Los diarios solían en otros tiempos dedicar generosos espacios a las actividades legislativas donde, además de la crónica de los debates en sí, los proyectos de diputados y senadores -como los que ahora edita nuestro autor- eran difundidos profusamente. Hoy rara vez lo hacen porque el tema ha dejado de interesar. ¿Y por qué si las bases políticas de la representación parlamentaria son prácticamente las mismas? ¿Qué ha pasado?

Con el pleno y sostenido ejercicio de una democracia todavía imperfecta fue creciendo en el electorado la noción de una falla en las bases mismas de esa representación parlamentaria. Se trata de una aguda deficiencia que la clase política no muestra intenciones de eliminar, cosa que va alejando cada vez más la atención del público por el Parlamento y sus protagonistas. Con los candidatos ignotos de las «listas sábanas» que el ciudadano debe votar a ciegas, sin mayores opciones, hoy está en crisis el modo de llegar a una genuina representación del pueblo en el Congreso. Puede decirse que, en general, las gentes no se sienten representadas por esa legión de desconocidos diputados y senadores sometidos a rígidas disciplinas de bloque que, sin alternativa, los partidos imponen al ciudadano, aunque lo hagan de acuerdo con la ley. Esto es grave, y se hace necesario revertir esa indiferencia popular mediante uno de los pocos medios posibles: el perfeccionamiento del sistema de representación que permita sentar en las bancas a más auténticos delegados de la población.

Este libro intenta ser, por eso, una manera de salvar la brecha que se abrió entre la ciudadanía y el Congreso. Es un producto de ese divorcio que busca, probablemente en vano, atraer la atención del público hacia la tarea parlamentaria; al menos, a la realizada por uno de los 418 legisladores que hoy pueblan el Palacio Legislativo. Pero esta obra, y muchísima información más, están guardadas y disponibles para todos en el ámbito del Congreso, esa desvirtuada caja de resonancias políticas y sociales que, por el momento, si se nos permite parafrasear el famoso título de Scalabrini Ortiz, está sola, y esperando un cambio.

**Miguel Angel Gori**

PEREZ RIOJA, José Antonio. *Diccionario de personajes y escenarios de la literatura española*, Barcelona, Península, 1997, 296 páginas.

“Absorbida por la televisión, la gente se hace más pasiva, más elemental, más ramplona y vulgar, sin darse cuenta. Por fortuna, de vez en cuando, se ve en la televisión una buena obra de teatro. Es entonces cuando millones de personas descubren una obra literaria de la que no tenían noticia. No importa que esa obra, en tal adaptación, haya podido perder algunos de sus valores. Lo esencial es que, al



cabo de los años, sea al fin descubierta (...), lo positivo es que, en cualquier caso, queden más o menos grabados en estos millones de espectadores un hilo argumental y, sobre todo, unos personajes y unos ambientes.”

Es indudable que estas palabras que encabezan la *Introducción* del libro que nos ocupa están cargadas de una absoluta (y un tanto cruel) verdad. La cultura de nuestra sociedad del fin de milenio es casi exclusivamente una cultura de imágenes, donde el texto ha pasado a un segundo plano indiscutible, casi siempre subordinado a aquéllas que, de una u otra forma, se transformaron en protagonistas, ya sea de una revista, un libro, una película, un programa de televisión o un documento de computadora (pensemos, en cuanto a esto último, lo relegados que se encuentran, para todos los que trabajamos ayudados por uno de estos aparatos, los programas de “sólo texto”, por las pocas posibilidades “visuales” que nos brindan).

En una realidad como la que vivimos resulta un tanto ingenua la postura de los que se declaran enemigos acérrimos de los medios audiovisuales en defensa de una literatura pura y exclusivamente “textual” (que, sin lugar a dudas, en algún momento no demasiado lejano deberá considerar el tema de la ampliación de su soporte), y muy sana la alegría del autor de este *Diccionario* ante la posibilidad de que el público, de una forma u otra, se “acerque” a la obra de arte.

Pero surge una pregunta que amplía y redondea el tema: “¿cuántos se habrán sentido tentados, después, de leer esas obras?” José Antonio Pérez Rioja dice que, seguramente, unos pocos. Pero yo no creo que sean tan pocos. Todavía la validez y el prestigio de la palabra escrita y el afán de “poseer” y volver a vivir, todas las veces que se nos ocurran, los acontecimientos que nos marcaron hacen que busquemos en el libro, en “el original”, una nueva experiencia. No creo que hayan sido pocos los que leyeron o volvieron a leer *La Regenta*, de Leopoldo Alas, después de la maravillosa serie que la Televisión Española ofreció hace poco “al mundo entero” gracias a la televisión por cable.

Hasta aquí parecería que, tanto mis comentarios como los del autor, están fuera de tema. Pero, si pensáramos en la forma que tendría el público no experimentado de acercarse a ese “original deseado”, seguramente llegaríamos a la conclusión de que pocos recordarían el nombre del autor, y algunos tampoco el de la obra, sobre todo en muchos casos en que, por razones “comerciales”, se buscan títulos con “más gancho” que el original. Pero (retomando el ejemplo de *La Regenta*) ¿alguien podría olvidar el nombre de Ana Ozores o el de esa ciudad terrible que la condenó, Vetusta, después de ver la serie televisiva?

En este diccionario los encontrará a ambos. Y no hacen falta más palabras para explicar uno de los objetivos (el principal) que se planteó Pérez Rioja al encarar el proyecto de este diccionario. Entre los muchos títulos y cargos del autor, creo importante remarcar que fue Director de la Biblioteca Pública de Soria durante cuarenta años. Sólo alguien que ame profundamente los libros y que haya pasado su

vida entre ellos podría encarar un trabajo como éste que, por supuesto, es “deliberada, intencionalmente breve y antológico. Una obra exhaustiva de esta naturaleza no estaría nunca al día, supondría muchos volúmenes y sería incómoda de manejar. Su misma amplitud y complejidad no permitiría ofrecer una rápida visión de conjunto.” La obra recoge unos dos mil personajes y casi medio millar de escenarios de la literatura española desde sus comienzos hasta nuestros días, que se detallan en una bibliografía final para que los estudiosos (el otro destinatario del *Diccionario*) tengan una guía y sepan qué falta. Una rápida mirada, sobre todo a la extensión del espacio dedicado a cada lugar o personaje, nos revela que, justamente, los más detallados son aquéllos que alguna vez aparecieron en TV, cine o representaciones teatrales populares, y los que la gente (indiscutiblemente, primer destinatario) más “necesita” recordar.

También es necesario destacar que, además del diccionario propiamente dicho, completa la obra una importante introducción, donde se analizan los conceptos y características de “el personaje” y “el escenario”. Para terminar, me gustaría hacerlo con las palabras del autor, que culmina la introducción diciendo que este diccionario es, en definitiva, “una gustosa invitación a leer”, invitación que se nos ofrece ya desde la portada del libro, donde una elegante dama decimonónica (pintada por Josep Duran i Riera), recostada al descuido en un sillón con un libro en la mano, nos invita, tranquila y amigablemente, a la lectura.

**Oscar De Majo**

LEON C., PATRICIO, FALCONI M., JUAN y MARCONI R., SALVADOR.  
*Economía y Premios Nobel*, Quito, Pontificia Universidad Católica de Ecuador,  
1993, 285 págs.

Antes de leer este libro es conveniente tener en cuenta un hecho posterior y ajeno a su edición que completa su significado.

A fines de 1998 ocurrió un cambio histórico en la elección del Premio Nobel de Economía que -más allá de los aspectos académicos- parece llamado a tener efectos prácticos en la vida cotidiana de la gente. En esta ocasión -por primera vez- el Nobel de materia tan abstracta que tanto influye, sin embargo, en los presupuestos familiares, dejó de pertenecer a la prosapia de pensadores de la escuela de Chicago y sus cognadas variantes intelectuales. La distinción recayó en un estudioso indio, Amartya Sen, que especializó sus investigaciones en la pobreza, ese inmenso problema que la ciencia económica, con toda su sabiduría, fue incapaz de resolver hasta ahora; y por eso esta noche -según la línea de pensamiento compartida o inspirada por el nuevo Nobel- 800 millones de personas en todo el mundo se irán a



dormir con hambre.

Y aquí aparece nuestro libro que, además de sus méritos intrínsecos que lo hacen fuera de lo común, ha quedado ahora revestido por un inesperado foco de interés: si el premio otorgado al indio marca un antes y un después en la historia del galardón, la obra que nos ocupa describe los contenidos y alcances de ese «antes», pero -y aquí está lo curioso- de ningún modo tal pretérito puede considerarse pasado. Todo lo contrario, y el libro lo demuestra sin habérselo propuesto. Ahora sirve de valiosa, inigualable compulsa entre ese ayer y el mañana previsible, una tensión que no termina de decir la última palabra.

Los autores -catedráticos de la Facultad de Economía de la Pontificia Universidad Católica de Ecuador- han puesto bajo su examen a los 28 Premios Nobeles que fueron distinguidos entre 1969 y 1992. Esto les da ocasión, antes de analizar a cada premiado, de estudiar el desarrollo del pensamiento económico, con sus múltiples escuelas, desde los clásicos -de nombres legendarios, pero siempre actuales- pasando por neoclásicos, monetaristas, socialistas, marxistas, todas las gamas, hasta el neoestructuralismo, que contrasta con las concepciones ortodoxas.

En ese encuadre global y teórico de la ciencia económica, la obra ubica luego en su respectivo contexto y trasfondo a los laureados, lo que permite una visión global del significado científico e ideológico de estas anuales decisiones de la Academia de Suecia.

Surgen de allí, con toda nitidez, las corrientes hegemónicas dominantes en el otorgamiento del premio que, con sus distintos matices y enfoques, pertenecieron en ese lapso a la estirpe mencionada, mientras una franja de izquierda permanecía siempre en las sombras. Pero aun así, dentro de esa esfera de pensamiento, sus variadas orientaciones dan lugar a un intenso debate teórico, entre los que sobresale el clásico Hayek vs Keyne. A lo largo de casi un cuarto de siglo esas controversias -aquí analizadas- han resonado en los ámbitos académicos especializados, pero sin dejar de gravitar en la vida diaria de los pueblos a través de la política, esa inevitable y manipuladora compañera de la Economía.

La obra se detiene en 1992 con el Premio Nobel de ese año, de neto corte conservador, y avizora desde allí el futuro de esta ciencia. ¿Prevé lo que ocurriría seis años después cuando, con la designación del indio Sen, se rompería la tradición ideológica del premio? Y los autores formulan, entonces, una ecuación entre la competitividad, el Estado y la distribución de la riqueza que, por cierto, atormenta nuestros días, y le confiere al libro -cuyo original enfoque no registra antecedentes- su último atractivo. Y actualidad.

**Miguel Angel Gori**

TRAVIESO, Juan Antonio. *Historia de los derechos humanos y garantías. Análisis en la Comunidad Internacional y en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Heliasta, 1998, 436 págs.

La madre de Mahatma Gandhi, el autor de este libro y el padre Quiles están unidos por un hilo sutil de extraordinaria fortaleza. Y esto requiere evocar brevemente cierta anécdota poco conocida que no se encuentra en esta obra, pero la roza.

Con el fin de emitir la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la Organización de las Naciones Unidas -ONU- consultó en 1948 a las cabezas más esclarecidas del mundo en las distintas ramas del saber sobre los fundamentos de tales prerrogativas del hombre. Las respuestas, luego publicadas en conjunto, constituyen desde entonces un profundo y extenso tratado donde la religión, la filosofía, la política, las ciencias y las artes sentaron las bases de lo que después fue la solemne declaración sobre la innata dignidad humana.

La contestación de Mahatma Gandhi -uno de los consultados- fue la más breve de todas. Apenas cinco líneas. El líder de la no violencia se excusaba de no poder brindar una más amplia respuesta. Pero esto era debido a que en esos días -próximos a la independencia de la India- su vida era un torbellino de viajes y avatares políticos que le impedían cualquier otra ocupación. «Pero con todo -concluía- puedo decir que aprendí de mi iletrada, pero sabia madre, que todo derecho proviene de un deber bien cumplido».

Y este libro, ahora sí, cuenta en una página emocionante que el padre Quiles le reveló al autor en una charla a solas cuál era ese deber esencial que se corresponde con los no menos esenciales derechos humanos. La austera habitación del sacerdote junto a las palmeras y la fuente con peces en el patio del Colegio del Salvador fueron testigos de esa palabra del padre Quiles que el autor recogió como la síntesis de su libro. (Pág. 35).

Un libro inusual y desafiante. Es la historia de los derechos humanos contada por un jurista, no por un historiador, lo que le confiere un tono y una técnica (examinar el pasado con modelos del presente) que a la vez desconcierta y atrae. Esta rareza busca en todo momento la complicidad del lector, a quien estimula y provoca para que reaccione, aplauda o censure. El mismo narrador hace su propia crítica, a veces agudísima.

Ejerce este provocativo autoexamen a través de un original procedimiento. Al final de cada capítulo incorpora una apócrifa «Carta al autor» firmada por uno o varios personajes de la historia -Atila y la «Sociedad de los Historiadores Muertos», por ejemplo- quienes generalmente refutan el libro, cosa que confiere a la obra una dimensión inesperada para su más amplia comprensión.

Estas misivas -no exentas de humor- acompañan extractos de trabajos pertenecientes a distintos autores que ilustran los temas desarrollados en el respectivo capítulo. Tales citas (la de Valle Inclán no tiene desperdicio) van seguidas, además,



de otras dos maneras de concitar la participación activa del lector: una curiosa «bibliografía» de lecturas recomendadas para ahondar el estudio y la nómina de películas cinematográficas aconsejadas para que la emoción estética ilumine las razones jurídicas que contiene la narración histórica.

Y precisamente ese relato histórico -cuyo eje clasificador de los hechos es la vigencia, o no, de concretas leyes positivas sobre derechos humanos- arranca en el mundo antiguo y se extiende, en su primer capítulo, hasta el siglo XV. Lo siguen siete secciones más cuyos títulos muestran el plan y sentido de la obra: los tiempos modernos, la aceleración de los derechos humanos, su desaceleración, retrocesos, internacionalización, derechos humanos inconclusos y los derechos humanos en la Argentina.

Es decir, siempre los acontecimientos medidos con ese rasero de los derechos humanos garantizados concretamente por la ley, lo que instala la idea de una historia concatenada, consciente o inconscientemente, en pos de ese fin moral. Podrá discutirse el rigor científico de este método, pero no podrá negarse que deja ver el ansia humana de justicia como poderoso, y muchas veces frustrado, motor de la historia.

Animadas síntesis, plenas de interés y de conocimientos, retratan a los doctenarios de las distintas épocas y a sus ejecutores militares, políticos o religiosos. A todos les pregunta si están animados, o no, por ese fin ético de la historia. Hay diferentes grados de respuestas, pero las réplicas negativas y sus razones descubren esa otra condición esencial de la naturaleza humana que, en aras de fines imperiosos, ha sido también motor de la historia, generalmente sangrienta. Y a lo largo del libro palpita con toda su angustia esa aún no superada «antagonía» de fines, si se nos permite un neologismo que alude a la lucha entre la vida y la muerte.

El recurso del autor no tiene igual para despertar reacciones de signos contrarios: es objetivo e imparcial, pero no neutral. Y esta explícita combinación -que el historiador no oculta- es lo que hace del libro una lectura a la vez didáctica, instructiva, amena y apasionada, valores que adquieren el carácter de penetrantes acicates en la dolorosa examinación de la Argentina.

Cuando el volumen se cierra, se abre a la polémica, tal como quiere y espera el autor, que tampoco desea lectores neutrales. Por eso, quien se acerque a esta obra deberá hacerlo dispuesto a un combate en varios frentes disciplinarios: historia, política, filosofía, religión. Cada contendiente advertirá -y aquí radica el valor singular de la obra- que el libro no lo llama a un mero ejercicio intelectual. Quiere poner en juego y en obra ideales y actitudes de Justicia y Verdad que son piedra de toque para conocer la calidad de los individuos. Porque, en definitiva, la vigencia plena de los derechos humanos, como normas positivas de la civilización en tránsito hacia un nuevo siglo, depende del compromiso vital de cada persona con ellos, sobre todo si logra anudarlos con ese hilo sutil que unió al autor, al padre Quiles y a la mamá de Gandhi.

**Miguel Angel Gori**



BERNSTEIN, Basil. *Pedagogía, control simbólico e identidad. Teoría, investigación y crítica*. Madrid, Morata, 1996, 239 págs.

El libro de Bernstein es un aporte apreciable a la comprensión de la metodología de la investigación y a su significado en la transformación del conocimiento, vista desde la comunicación pedagógica.

La hipótesis general que se plantea en su tarea es cuál es la naturaleza de la transmisión que hace posibles los mensajes educativos.

En el prólogo declara que en *Pedagogía, control simbólico e identidad* se trata de comprender los procesos sociales en que la conciencia y el deseo adquieren formas concretas, se evalúan, distribuyen, cuestionan y cambian.

#### *Hacia una teoría sociológica de la pedagogía.*

Ubicado en la metateoría sociológica, el autor define su punto de mira: es interesante -dice- el hecho de que la estructura real que permite la transmisión del poder no se someta a análisis.

Por ello, los temas que se propone tratar son:

- 1) ¿Cómo una distribución dominante del poder y de los principios de control distribuye (valga), reproduce y legisla los principios dominantes y dominados de la comunicación?
- 2) ¿Cómo se regula esa distribución de los principios de comunicación en el interior de los grupos sociales y entre ellos?
- 3) ¿Cómo producen estos principios de control una distribución de las formas de conciencia pedagógica?

Las respuestas son:

El control establece las formas legítimas de la comunicación adecuadas a las diferentes categorías. Transmite las relaciones de poder dentro de los límites de cada categoría y socializa a los individuos en estas relaciones.

En la práctica pedagógica, observa la forma de control que regula y justifica la comunicación en las relaciones pedagógicas: el carácter de la expresión hablada y los tipos de espacios construidos.

El principio de clasificación nos proporciona los límites de cualquier discurso, mientras que el enmarcamiento regula las reglas de realización para la producción del discurso.

El autor realiza una cuidadosa descripción de los códigos pedagógicos y enuncia las reglas del orden discursivo que se refieren a la selección, secuenciación, ritmo y criterios del conocimiento. Establece una interesante hipótesis de aproximación entre el dispositivo enigmático y el dispositivo pedagógico (ver pág. 56), al preguntarse si "el dispositivo enigmático es en sí mismo neutral", su sistema de reglas es neutral respecto al potencial del significado y por tanto, neutral en relación

con la comunicación. Las reglas de uno y otro -concluye- no están libres de ideología.

Tales reglas controlan las relaciones de poder, ligando y armonizando el campo de producción del discurso.

El discurso regulador es dominante. En la recontextualización del discurso pedagógico se establece un campo de entrenabilidad en la que el concepto se hace autorreferente y, por lo tanto, excluyente. Por eso, el Estado -dice- ha cambiado los modelos y modos pedagógicos, las estructuras de gestión y culturas de todas las instituciones educativas y ha patrocinado los modos genéricos: el conocimiento oficial produce identidades pedagógicas a partir de la política de la recontextualización.

### *Teoría e investigación.*

En este segundo paso, Bernstein precisa los criterios para la elaboración de la teoría (pág. 119), destacando entre ellos que el problema básico de la teoría consiste en explicar el proceso mediante el cual una distribución dada de poder y de principios de control se traduce en principios especializados de comunicación que se distribuyen en forma diferencial y, a menudo, desigualmente a los grupos y clases sociales. El problema fundamental -dice- es la traducción del poder y el control a unos principios de comunicación que se convierten en sus portadores o transmisores.

En su teoría, la representación se realiza mediante el concepto de CODIGO, en que el dispositivo pedagógico, tal como se conceptualiza, crea un campo de conflicto con respecto a la propiedad y al monopolio del mismo.

En la escuela, dice Bernstein, superando sus tesis anteriores (1), es necesario conceptualizar las macrorrestricciones que pesan sobre los microprocesos: distinguir la relación del poder de la relación de control.

El modelo de la comunicación pedagógica obedece a propiedades de clasificación y enmarcamiento que generan distintas modalidades.

Al desarrollo y explicación de estos principios sucede en el libro el enunciado de reglas para la producción y reproducción del discurso pedagógico.

Esta investigación muestra la íntima relación que existe entre el desarrollo de la teoría y la investigación desde la primera formulación del análisis en la escuela, la participación de los alumnos y la configuración de esta participación por la familia de acuerdo con su origen social, con lo que -dice el autor- se da un paso más allá de Bourdieu y Passeron (pág. 152), sin dejar de valorizar sus aportes a la Sociología de la Educación.

Señala Bernstein importantes precisiones sobre el modelo formal de investigación en su explicación sobre la metodología que subyace a sus proyectos de investigación sobre el tema:

1) La teoría produce modelos que generan modalidades de control, cuyas consecuencias operan como hipótesis sobre las aplicaciones.



- 2) El modelo proporciona los principios y las reglas que transforman en datos relevantes para el modelo toda la información, en un proceso dinámico que puede transformarlo (pág. 155).
- 3) El contacto entre las reglas y la información es vital, aunque el vacío discursivo entre las reglas especificadas por el modelo y las reglas de realización es necesario para transformar la información.
- 4) Los principios de las descripciones de algo exterior al modelo deben trascender las reglas de realización interna del modelo.
- 5) Los principios de descripción no agotan la información.
- 6) La teoría lo abarca todo. La cuestión no es lo que abarca la teoría, sino cómo lo hace.

### *Crítica y respuesta.*

Como visión personal de la sociolingüística, el autor cree que sus aportaciones a los orígenes y evolución de la sociolingüística son tangenciales en el mejor de los casos e, incluso, negativos.

“Llegué al estudio del lenguaje por un abigarrado conjunto de vías, impulsado por la incapacidad de la sociología de proporcionar una orientación”-dice. Después de distintos encuentros con la lingüística, lo crucial, a principios de los setenta, fue conocer el estudio de Halliday sobre el contexto regulador. Y más tarde el discurso regulador.

Conocer a los sociolingüistas y a los etnometodólogos y a su preocupación por las manifestaciones intracontextuales del habla de los sesenta y setenta le permitió comprender que las competencias -categoriales y no culturales- están fuera del alcance de las restricciones de las relaciones de poder: ellas son intrínsecamente creativas, adquiridas de modo informal y tácito en interacciones informales. Son logros prácticos.

Una amplia exposición de casos (pág. 180 y subs.) otorga claridad y arroja luz a su conclusión de que es necesaria una comprensión más sistemática y general de la base social de las modalidades de comunicación, de sus principios distributivos y de los resultados diferenciales para un mejor análisis de la distribución de poder y de los principios de control que regulan y distribuyen de poder y de los principios de control que regulan y distribuyen los principios de comunicación para diferenciar a los hablantes de la capacidad interactiva y de manejo del contexto.

A continuación, Bernstein se refiere a las críticas de Edwards: las escuelas no se basan en códigos elaborados porque los profesores empaquetan y transmiten el conocimiento recibido: se niega a los alumnos la posibilidad de fundamentar y cuestionar los fundamentos del conocimiento recibido. El intercambio de respuestas en las que Bernstein defiende la calidad de sus abstracciones y Edwards, haciendo gala de su respeto por aquella investigación de treinta años y por la “imaginación



sociológica” de Bernstein, advierte, sin embargo, que no hay patente que lo proteja para que su pensamiento no sea utilizado con distintos fines académicos, dada la complejidad de sus formulaciones teóricas. Reconoce que los códigos bernstianos son poderosa herramienta heurística para el estudio del discurso pedagógico (pág. 193).

#### *Otros estudios sobre la comunicación pedagógica.*

Bernstein toma distancia de sus críticos.

Diferenciándose de Bourdieu -quien dice que el poder simbólico no reside en los sistemas simbólicos sino en una relación indeterminada entre los interlocutores-, Bernstein reafirma la necesidad de no prescindir “siempre” del sistema simbólico, porque la especialización del sistema simbólico y la estructura del campo pueden actuar y contribuir a los juegos, prácticas y estrategias.

El análisis de Bourdieu ganaría -dice-, si a su estudio del “que” como categoría específica de la comunicación pedagógica agrega el estudio del “quién, dónde, cuándo y por qué”, es decir, el análisis de las relaciones del campo.

Los lenguajes de la sociología contemporánea se dan aislados, representando un código de colección fuerte con una gramática de realización débil. Es necesario preguntarnos sobre la interacción que se produce entre la estructuración interna y el posicionamiento y las prácticas externas que caracterizan el campo de actividad intelectual y el habitus de sus agentes.

Por ello, la organización de las estructuras del conocimiento y los campos de actividad a los que dan lugar deben integrarse en un mismo análisis.

#### *Bernstein defiende su teoría.*

Los estudios de Bernstein suscitan oposición también en Harker y May. El mismo Bernstein sintetiza sus críticas diciendo que, para ellos, él es:

- 1) Un fetichista del lenguaje.
- 2) Un desconocedor de lo social.
- 3) Un estructuralista genético.

La respuesta de Bernstein es radical: dice que los códigos de su teoría son limitadores de ambigüedad.

Citándose a sí mismo, con numerosos ejemplos de clasificación y enmarcamiento, defiende las reglas y los códigos que permiten comprender el discurso pedagógico y, para responder a Harker y May, suaviza su estructura estructuralista y reconceptualiza, hacia el final, (pág. 218) su noción de código, diciendo que es un principio regulador que selecciona e integra:

- a) Significados relevantes.
- b) Sus formas de realización.
- c) Los contenidos evocados.

Subraya siempre que el contexto se traduce como prácticas interactivas, los significados como orientación de los significados y la realización como producciones textuales.

Sus conclusiones aclaran su ubicación teórica en el campo del estructuralismo socio-lingüístico:

“La unidad social primaria de mi tesis no es el individuo sino una relación, la relación pedagógica, formal e informal”. La suya es una teoría sociológica de la pedagogización de la comunicación que forma parte de una teoría más general sobre el control simbólico.

Su pregunta *¿Dios mio, acaso es esto un análisis estructuralista?*, en el final del libro, hace de pivot para la iluminación de su apéndice, en el que caracteriza a la Tesis del Código resaltando la ausencia de referencias a la intervención del autor de la comunicación y la confluencia de las motivaciones en el funcionamiento: lo religioso-moral, lo discursivo y lo epistemológico. Estos posicionamientos -dice- constituyen relaciones de categorías y están sujetos a los principios de clasificación.

El camino de Bernstein es diferente al de la fenomenología de la interioridad, en el que se toma como centro y perspectiva de estudio de la comunicación pedagógica a la persona humana, para iluminar el campo de toda relación y de toda comunicación.

*La persona en sí*, unidad óptica que explica la unidad del método de investigación y la unidad de oriente del mismo hacia el descubrimiento de los valores que definen y realizan esa unidad, a lo largo de todos los referentes de la investigación.

El camino de Bernstein, repetimos, es otro. Es interesante conocer sus arquitecturas paradigmáticas y sus propósitos de definición de la comunicación pedagógica para establecer e identificar nuestras propias posturas, afines a la explicación de la pedagogía a partir del fundamento metafísico de la persona del hombre.

**Celia G. de Romani**

(1) En su anterior teorización, la transmisión pedagógica en la escuela respondía a la estructura sociolingüística y a las reformas familiares de transmisión.

*Grandes Entrevistas de la Historia Argentina*, Buenos Aires, Aguilar, 1998, 406 páginas. Compilado y prologado por Sylvia Saítta y Luis Alberto Romero.

La entrevista escrita es, según palabras de Ana Atorresi (1), «la organización mediante el proceso de la escritura de un material verbal que se genera a partir de una conversación peculiar en la que el periodista asume el rol de preguntar y el entrevistado, el de responder.» Conserva la herencia socrática de la conversación

entendida como acceso al conocimiento; sin embargo, sus usos no siempre apuntan a este objetivo: se presenta como el acceso a una palabra auténtica, testimonial, autorizada, hecho que crea una paradoja, dado que su credibilidad se construye con procedimientos propios de los géneros de ficción o literarios.

Sus usos son diversos: se la utiliza para establecer relaciones entre lo público y lo privado, como recurso argumentativo (testimonio o prueba de una hipótesis) dentro de un programa televisado o de una serie de notas periodísticas sobre un mismo tema, como divulgación o propaganda. Utilizada para la difusión cultural respecto de la ciencia, el arte, la reflexión sobre problemáticas sociales, la entrevista pretende una aproximación al fenómeno de la creación o una articulación entre vida y obra de un científico, un artista, un escritor (como el caso de los libros de Entrevistas o Conversaciones). En este sentido la entrevista periodística se construye como una indagación detectivesca, como medio para alcanzar una revelación (2).

El libro de Aguilar que hoy analizamos nos brinda ejemplos acabados de todas las formas de encarar una entrevista, todas las intenciones y todos los estilos, en ejemplos que abarcan más de cien años de historia argentina, ya que se abre con una entrevista a Julio A. Roca, del año 1879, y se cierra con otra a Astor Piazzola, de 1988.

Tomemos uno de los últimos ejemplos:

*Entrevista de Ricardo Piglia a Rodolfo Walsh (1973):*

«- Otra cosa que me interesa ver es la relación entre cuento y novela, digamos en términos generales esta especie de novela fragmentaria que vos proponés. Es una novela que se va leyendo en textos discontinuos, es el lector quien reconstruye distintos momentos que van formando una sola historia y a la vez cierta particularidad en la estructura narrativa que siempre se ordena alrededor de una acción breve (...)

- Sí, yo he pensado cosas muy contradictorias según mis estados de ánimo o, en fin, pasando por distintas etapas. El mayor desafío que se le presenta hoy por hoy a un escritor de ficción es la novela. Yo no sé bien de dónde procede esto, por qué esa exigencia y hasta qué punto la novela es la forma más justificable, porque hasta cierto punto tiene una categoría artística superior (...)

Toda entrevista periodística insta una relación de proximidad que hace visible el contacto privilegiado que tiene el medio o el entrevistador con las figuras públicas (o con las figuras testimoniales de un suceso público), dado que es el medio el que nos pone en contacto con alguien socialmente significativo, revestido de un símbolo de prestigio, que se nos revela a través de ella.

En la entrevista actual, el entrevistador (en este caso Ricardo Piglia, reconocido escritor y crítico literario) ha dejado de ser un simple nexo entre el entrevistado y el público (como podemos ver en la entrevista a Julio A. Roca o a Hugo del Carril), para constituirse en un sujeto valorado por sí mismo y, a veces, el factor más



importante del reportaje, porque es con él -con su estilo, sus características- con quien se identifica el público.

La presencia de las opiniones personales del entrevistador (ausentes en la entrevista tradicional), funcionan, en el caso de Ricardo Piglia, como estímulo para la aparición de variaciones temáticas, como incitación.

Esta entrevista es un claro ejemplo de que el entrevistador tiene el control de la mecánica de la entrevista, el privilegio de terminarla, de elegir y seleccionar los temas (e incluso de controlar que no pueda introducirse ninguna información nueva), y de interrumpir el hilo del discurso del otro, con la pregunta que sabe no podrá ser respondida puede descalificar al entrevistado. Pero también el entrevistado puede descalificarlo a él. En algunas ocasiones, esta ruptura se da exclusivamente por la personalidad del entrevistado. En estos casos, el entrevistador suele no descolocarse, porque sabe con qué se va a encontrar. Veamos la siguiente entrevista a Beatriz Guido, "dispersa, snob, fascinada por sus contradicciones políticas, que juega, como solía hacerlo en sus intervenciones públicas, el rol de una preciosa ridícula, frívola y con frases entrecortadas" (3), en la que el entrevistador continúa con las preguntas fingiendo que la entrevistada no dice, en realidad, las cosas que está diciendo, pero que justifica el tono de la entrevista con una larga introducción que prepara al lector para lo que va a leer.

*Beatriz Guido entrevistada por Horacio Verbitsky (Confirmado) (1966)*

*«Hace doce años, la editorial Emecé premió su primer libro; desde entonces su nombre ha resonado, con infatigable persistencia, en el ámbito intelectual argentino. Novelista, cuentista, guionista de muchas de las célebres películas de Torre Nilson, esta santafecina apasionada envuelve a sus interlocutores en un torbellino de gestos y palabras, de frases que quedan truncas antes de finalizar, porque Beatriz Guido ya está pensando en otra cosa.*

*Muchos se quejan por la diplomacia con que encara sus relaciones sociales (a cada uno le dice algo distinto, siempre queda bien con todos); otros, en cambio, se escandalizan por su sinceridad, auténticamente temeraria (...)*

*Truculencia, trivialidad, tilinguería son los cargos más frecuentes que se han descargado sobre su obra (...)*

Confirmado: ¿Cómo caracterizaría a su generación?

Beatriz Guido: Por el resentimiento.

C: ¿Por qué?

BG: (...) Eso es lo que nos preguntan todos los jóvenes de hoy, una generación que no tiene esa problemática (...) Mi generación comenzó a hacerse conocer poco antes de la caída de Perón. Yo, en 1954, gané el premio Emecé, en un concurso en el que salió segundo Dalmiro Sáenz. Sé lo que cuesta ganar un concurso literario.

C: ¿Qué le costó ganar ese concurso?

BG: Muchísimo. ¡Fue tan fácil!: era amiga de todos los jurados. Los concursos son

tremendos. A mí me premiaron por amiguismo, y cuando yo fui jurado premié también a amigos.

C: ¿A quiénes?

BG: Qué importa... Lo grave no es eso...

C: ¿Qué es lo grave?

BG: Que por ayudar a amigos que eran escritores menores, dejé pasar un libro de Cortázar sin premiar (...)

C: ¿Tiene alguna idea definida sobre el amor?

BG: Tiene que ser absolutamente monogámico. Es el único. En la India, un hombre se había enamorado de su chiva y la llevaba al cine. Eso también es amor. Que sea de cualquier tipo, pero monogámico (...)

C: Usted es bastante snob.

BG: Terriblemente snob. Me doy cuenta. Pero tomar el té en el Plaza, ¡me inspira tanto! O comer pizza en Los Inmortales, que también es tan snob. Lo que pasa es que soy muy burguesa.

C: ¿No dijo que lo burgués no le interesaba?

BG: Sí, claro, no me interesa. No me interesa para nada (...) (4)».

También podemos apreciar en esta compilación entrevistas que rompen con la clásica forma de preguntas y respuestas y con la estructura dialogal, como la de Guillermo Saavedra a Piazzola, aparecida en el diario *El País* de Montevideo, en 1988<sup>5</sup>. En este tipo de entrevistas se cuenta la historia a modo de narración, con un narrador en primera persona, que es el entrevistador, y reproducciones, generalmente en estilo directo y entre comillas, del protagonista de la historia, que es el entrevistado:

«Nadie sabrá si la casualidad fue más fuerte que el destino o si éste, en la curiosa biografía de Astor Piazzola, se ocultó tras un golpe de dados. Para que ese hombre cambiara radicalmente la música de Buenos Aires y se inscribiera entre los pocos músicos verdaderamente originales del Siglo XX, fue necesaria más de una peripecia (...)

*Nací en 1921, en Mar del Plata, por entonces una ciudad bastante deshabitada de la costa atlántica argentina, casi salvaje y donde, según se decía, veraneaban sólo los burgueses ricos de mucho dinero*’, recuerda ahora el músico instalado en un cómodo piso de la Avenida del Libertador, en el elegante barrio de Palermo Chico (...) Apenas tenía cuatro años cuando debió acompañar a sus padres a Nueva York, para probar suerte (...)

*De algún modo, lo que soy se lo debo a aquellos primeros años en Nueva York (...)*’.

Cuarenta y ocho entrevistas realizadas a gente de todo tipo, por medios y

entrevistadores de todo tipo, componen este volumen que nos resume no una sino varias caras de nuestra historia. Cada una de ellas está acompañada por una noticia completa de cada entrevistado y (cuando se identifica) de cada entrevistador, prolijamente realizadas por los compiladores, que además elaboraron el prólogo que encabeza el libro. Quizás el único reproche sea la falta de testimonios fotográficos, que hubieran completado este interesante e inusual panorama de cien años de la Argentina.

**Oscar De Majo**

- (1) ATORRESI, Ana. *Los géneros periodísticos*, Buenos Aires, Colihue, 1996.
- (2) ARFUCH, Leonor. *La entrevista, una invención dialógica*, Barcelona, Paidós, 1995.
- (3) Pág. 260.
- (4) Pág. 262 y subsiguientes.
- (5) Pág. 294 y subsiguientes.